

La irresuelta cuestión migratoria o la barbarie de la (in)civilizada Europa¹

José Antonio Pérez Tapias

Las migraciones constituyen un hecho crucial de nuestro mundo. Si éste es un mundo globalizado —incluso se ha globalizado la enfermedad con la pandemia de covid-19 llegando a todos los lugares del planeta— los procesos migratorios, con su especial intensidad y su despliegue en múltiples direcciones, están presentes en todas las latitudes. La expansión del coronavirus ralentiza movimientos y cambia de dirección los flujos, como vemos en España cuando de nuevo se han desplazado a Canarias, pero las migraciones no se detienen.

La gran paradoja es que, en este mundo globalizado como gran mercado sometido a fuertes poderes financieros, los Estados, en su posición subalterna, no muestran ni voluntad ni inteligencia para plantear políticas migratorias; no pasan de aplicar controles de fronteras. Es decir, ni siquiera siendo democráticos desarrollan políticas migratorias dignas de ese nombre según parámetros de dignidad y derechos humanos bajo los cuales quedarán excluidas prácticas de exclusión, con efectos de muerte en muchos casos entre aquellos hacia quienes van dirigidas.

Lamentablemente, el Estado español no es una excepción, por más que los gestos humanitarios que incluso un gobierno pueda adoptar en algún momento parezcan ofrecer atisbos de un cambio de rumbo. Sigue sin ser así pues, aun atribuyendo cierto valor a determinadas declaraciones inclusivas, la realidad las desmiente cuando desde España todo se reduce a buscar respaldo en Europa para otra política migratoria y, cuando dicho respaldo no se encuentra, a utilizar las decisiones —o las indecisiones— de la Unión Europea como paraguas bajo el que situarse al mirar para otro lado con alarde de cínica indiferencia. Esto se acentúa cuando la inmigración llega en forma de refugiados pidiendo asilo, los cuales no son atendidos ni en época de crisis sobre crisis por mor de la pandemia, ni siquiera en momentos de un incendio que destruye un campo de miles de refugiados — como el ocurrido en el campo de Moria, en la isla griega de Lesbos—, acentuando hasta el extremo cómo la miseria, la violencia y el olvido se ceban hasta el extremo con los últimos de los últimos: quienes están fuera.

Abordar, pues, la cuestión migratoria en y desde España hace insoslayable situarla en perspectiva europea. Y si, ubicados entre crisis que se solapan, desde la económica hasta la sanitaria, desde la social hasta la medioambiental, España se encuentra supeditada a cómo la Unión Europea afronte la inmigración, vale para ella lo que vale para Europa en su conjunto: su ser o no ser cabalmente democrática lo va a decidir según el abordaje que haga de la cuestión migratoria. Encontramos, sin embargo, que Europa rompe de continuo el espejo donde pudiera mirarse. La contradictoria imagen que le devuelve la humanidad doliente de los refugiados que arriban a sus costas y atraviesan sus fronteras obliga a recapacitar sobre lo escandaloso de inclusiones preteridas y asilos escamoteados.

¹ Texto publicado en VVAA, *Migratorias. Miradas. Perspectivas. Propuestas*, Adlibitum/Fundación Sevilla Acoge, Sevilla, 2021, pp. 47-63.

Entre la idealizada Europa democrática y lo real de una zona euro tiranizada, se ha urdido desde los poderes dominantes la trama simbólica de una Europa sacrificial. Además de insensible al sacrificio impuesto a quienes huyen de mortíferas guerras respecto a las cuales no es ajena su responsabilidad, Europa sigue aplicando la bárbara lógica sacrificial que, en nombre del mito de la competitividad y bajo la negra bandera de la austeridad, inmola individuos y pueblos en el altar de la ortodoxia impuesta por los poderes financieros. Pero así la Unión Europea contradice su razón de ser y el discurso en que se afirma más allá de los intereses en pugna que la atraviesan. La dignidad democrática convoca a afrontar esa autonegación en la que Europa está sumida.

Autonegación de Europa en su indiferencia ante dramas y tragedias de migrantes

La indiferencia con la que Europa asiste al drama de la inmigración muestra negro sobre blanco cómo ella se niega a sí misma. Negro de luto, y a falta de asumirlo con consecuente coherencia, es el color que tiñe las aguas del Mediterráneo a causa del dolor por tanta muerte. Hemos visto cómo se suceden los naufragios, cómo se cuentan por miles los muertos, cómo son cientos y cientos los ahogados... La magnitud de la tragedia habría de operar como revulsivo de una conciencia europea paralizada ante el final de tantos y tantos inmigrantes cuyo destino es esa gigantesca fosa común en la que se ha convertido el Mare Nostrum. Pero hablar meramente de vergüenza colectiva es una declaración que no pasa de impotencia culpable.

Si Europa quisiera dar adecuada respuesta a la cuestión migratoria, además de hacer frente a los perversos prejuicios que maneja sobre ella la demagogia populista, y plantear con realismo crítico y voluntad de inclusión democrática cómo acoger a la población migrante, podría empezar haciendo un honesto ejercicio de memoria para abordar con rigor la inmigración que le llega. Cuando de África salen a miles es porque el dominio, la pobreza, el hambre y la guerra, como jinetes apocalípticos, provocan que se trate de alcanzar al otro lado del Mediterráneo el horizonte de una vida mejor. Y en el fondo de la realidad histórica, esos jinetes apocalípticos son los que dejó cabalgando el colonialismo destructor de las estructuras sociales y expoliador de las riquezas de esos países, el que Europa practicó en nombre de una cultura occidental que en aras de la modernidad hasta negó la modernización allá donde llegó con su imperialismo. Respecto a culturas arrasadas y pueblos empobrecidos Europa debería hacer el ejercicio de memoria relativo a su propia responsabilidad, como premisa para hacer un planteamiento justo respecto a las migraciones.

No exige menor ejercicio de memoria, aunque relativo a hechos más recientes, la responsabilidad occidental, por acción u omisión, respecto al maltrecho Irak, a la torturada Siria, al abandonado territorio de Libia... o, más al sur, a una desestructurada y empobrecida África subsahariana de donde salen los que buscan asilo en los países que destruyeron a los suyos, o que dejaron que se hundieran en el caos tras acabar con sus regímenes despóticos, pero destruidos en nombre de banderas democráticas reveladas como falsas.

Puestos a mirar al pasado que llega hasta nosotros, cabe recordar cómo en otros momentos históricos fuertes movimientos migratorios cambiaron países y condiciones de vida. Si el siglo XX fue de decenas de miles de refugiados al hilo de las sucesivas guerras — éxodo que actualmente ya es emulado en el siglo XXI—, el siglo XIX fue de grandes migraciones de Europa hacia América y, en la misma Europa, del campo a las ciudades, de

la mano de la fuerte industrialización de aquel capitalismo que Lewis Mumford llamó «carbonífero»². Esos inmigrantes fueron los que constituyeron el proletariado, nueva clase, reverso de la burguesía, cuyas miserables condiciones de vida describió, por ejemplo, Engels en su obra sobre «La situación de la clase obrera en Inglaterra». El proletariado, considerado por Marx como clase revolucionaria, emergió no sólo reclamando mejores condiciones laborales, sino como la clase que planteaba un cambio de raíz en la sociedad burguesa en tanto que era la clase que, aportando la fuerza de trabajo al capitalismo, quedaba políticamente excluida de la democracia liberal de dicha sociedad. Los derechos del ciudadano no llegaban al proletariado como humanidad concreta. La democracia o se transmutaba en democracia social, en la que la emancipación llegara a todas y a todos, o no era democracia.

Si fue gran desafío para los Estados nacionales de etapas capitalistas anteriores resolver la demanda radical del proletariado, actualmente, en la fase del capitalismo financiero que domina un mundo globalizado, los migrantes plantean, a la escala de nuestro tiempo, una exigencia similar. Es cuestión de fondo la exigencia de que ellos, —esa «parte de los que no tienen parte» en el sistema actual, como certeramente lo formula el filósofo Jacques Rancière—, sean incluidos en nuestro supuesto orden democrático³. Sin embargo, la realidad no ofrece motivos suficientes para confiar en que se dé esa necesaria y exigible inclusión cuando a la vez que se demandan trabajadoras y trabajadores inmigrantes para muy diversas tareas —como es el caso de recolecciones agrícolas, especialmente en tiempo de pandemia—, se les da largas a sus demandas de regularización. La hipocresía y el cinismo engullen hasta las apariencias de una política migratoria que no pasa de las trampas de una injusta Ley de Extranjería.

Se plantea, pues, a nuestras sociedades una radical democratización, aunque a la vista está que los Estados no se atreven a acometerla en solitario. Por eso, es un reto en cuya respuesta Europa decide su futuro. Estamos en el momento histórico en que se generan las condiciones para un proceso de emancipación de los migrantes de hoy —vida emancipada que ha de ser horizonte de políticas de inclusión—, dependiendo de ello la coherencia de democracias que no pueden dejar de pretender la emancipación de todos. No hay emancipación «por partes», sino que sólo puede ser la de todos, y así lo vio Marx en *Sobre la cuestión judía*. Si bien esa emancipación ha de ser puesta en marcha a partir de la parte que estaba excluida, como lo vislumbró el autor de *El Capital* como revolución desde el proletariado para la sociedad en su conjunto si no quería llevar en su seno la injusticia como componente estructural.

Si hemos llegado a la conclusión de que o afrontamos nuestra cuestión migratoria como reclama la dignidad humana de todos y cada uno, o el capitalismo globalizado nos hundirá en la indignidad y miseria de sus contradicciones —acentuadas cuando el coronavirus adopta para inmensas mayorías el temido modo de «corona-hambre», toda vez que la destrucción de las economías de sociedades con contagios masivos se suma al desmantelamiento o privatización de estructuras sanitarias públicas llevadas a cabo por políticas neoliberales⁴ —, dicha alternativa es la que cobra aún más urgencia cuando se

² Cf. L. Mumford, *Técnica y civilización* [1934], Alianza, Madrid, 1971

³ Cf. J. Rancière, *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996, pp. 23-34

⁴ Cf. J.A. Pérez Tapias, «Alternativa: o «común-ismo republicano» o tanatopolítica» en D. Tomás Cámara (comp.), *Covidosophía. Reflexiones filosóficas para el mundo postpandemia*, Paidós, Barcelona, 2020, pp. 406-427

trata de los refugiados. Con ellos se ennegrece más la escenografía del horror cuando, huyendo de la guerra, llegan a las costas de Europa y prosiguen su durísimo éxodo desde los países periféricos hasta el centro de la Unión Europea, confiando en el derecho de asilo. Vienen hombres y mujeres, mayores y jóvenes, también niños, con sus vidas desnudas — encarnación de esa «nuda vida» de la que habla Giorgio Agamben⁵—, en titánico empeño por conservarla y a la vez expuestos ante todos con el máximo de vulnerabilidad, se muestran como lo que son: seres humanos convocando a la humanidad. ¿Y nuestra respuesta? ¿Está a esa altura de lo humano señalada por lo que llamamos dignidad?

La alergia al otro: Europa tiene motivos para avergonzarse de sí

Como europeos, hemos de ser muy conscientes de la responsabilidad que nos atañe en tanto pretendida «sociedad decente», que diría el filósofo israelí Margalit⁶. Hemos de tener presente que los protagonistas de este éxodo descomunal que llaman a nuestras puertas son *nuestros* inmigrantes y *nuestros* refugiados. En primer lugar, por la *común humanidad*, base ontológica del derecho de asilo como institución jurídica. Y, en segundo lugar, como ya se indicó, por las responsabilidades de Europa, insoslayables, debidas a su implicación, por acción u omisión, en los conflictos que han derivado a guerras de una crueldad pavorosa en los países de donde han salido quienes buscan una posibilidad de supervivencia. Desentendernos ahora no tendría justificación alguna, ni éticamente, ni tampoco desde el punto de vista político. Desde España, el compromiso al que debe inducir la sensibilidad de la ciudadanía —contra la mezquindad de las mismas políticas gubernamentales— encuentra el motivo añadido de la memoria de los centenares de miles de españoles que emprendieron el camino del exilio tras la guerra civil, así como de los cientos de miles que en distintos momentos históricos tuvieron que emigrar, primero a América y después, en pleno franquismo, a países centroeuropeos.

Concretamente, la *crisis de los refugiados* presenta, pues, no sólo el lacerante componente de un fracaso humanitario de grandes proporciones, sino que además obliga a la constatación de lo que a través de ella se comprueba como fracaso de Europa. La Unión Europea, con la corroborada impotencia ante esa crisis, se sitúa en una vía muerta que puede suponer su defunción, y no sólo por la liquidación del *espacio Schengen* de libre circulación, sucesivamente acotado por muros que se levantan y fronteras que se cierran⁷. Lo que se está evidenciando en una Unión Europea que no hace frente a sus responsabilidades, es su propio resquebrajamiento como proyecto supranacional no meramente monetario y económico, sino político y de convivencia. En ello tiene que ver el hecho de que ese proyecto naciera muy pendiente de lo económico y siga desequilibrado en torno al euro como moneda común sin instituciones aptas para sostenerla y gestionarla. Mas junto a eso, tenemos la realidad de unos Estados nacionales que, si bien sometidos a los poderes financieros transnacionales, siguen actuando desde las claves de una soberanía desenfocada, que se empeña en excluir y, si hace falta, deportar, como es el caso con inmigrantes en general, incluyendo refugiados peticionarios de asilo.

⁵ Cf. G. Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* [1995], PreTextos, Valencia, 2003.

⁶ Cf. A. Margalit, *La sociedad decente* [1996], Paidós, Barcelona, 2010.

⁷ Cf. J.A. Pérez Tapias, «Cayó el Muro, quebró la socialdemocracia... y construyeron nuevos muros», en R.M. Artal, J. Valenzuela, J.A. Pérez Tapias y otros, *Derribar los muros*, Roca, Barcelona, 2019, pp. 61-86.

Como recordaba Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, la práctica del derecho de asilo prueba la vigencia efectiva de derechos humanos reconocidos como tales, con su correspondiente pretensión de validez universal. La mezquindad de Europa a la hora de ser consecuente con ese derecho muestra la hipocresía de su ordenamiento jurídico y el cinismo de sus actuaciones políticas. Sólo falta, como ocurrió en el tumultuoso periodo de entreguerras en Europa, negar a los refugiados hasta la condición de apátridas para así poder devolverlos a sus lugares de origen, donde serán acosados de nuevo o masacrados del todo⁸.

No vamos a negar que hacer frente a la llegada de millones de refugiados no es tarea fácil. No se puede acometer con liviandad irresponsable ni se puede dejar sobre los hombros de un solo país. La solidaridad con los refugiados reclama solidaridad 1213. 55 entre los europeos. Ninguna de las dos será posible si Europa no supera la «alergia al otro». Salir de ella implica, como señala el filósofo Emmanuel Lévinas, «encontrar al otro en la justicia», reconociéndolo en su *humanidad* y tratándole como su dignidad exige. La *humanidad* del otro ser humano es la clave para la construcción de sociedades y de todo orden político que se pretenda conforme con exigencias éticas insoslayables⁹. O Europa se construye así o acabó como proyecto.

Ni acogida ni asilo: Europa construye «campos» (o deporta)

Tenemos, por tanto, que de nuevo Europa se sitúa al borde del abismo —no está de más recordar que el millonario Fondo de Recuperación aprobado en la Unión Europea para apoyar a los distintos países en la salida de la crisis sanitaria, que es económica y social también, elude la cuestión migratoria¹⁰, precisamente cuando en el contexto de esas crisis los partidos neofascistas que han emergido en países europeos —Vox en España— vuelcan su xenofobia sobre los inmigrantes como nuevo chivo expiatorio. El fondo negro de Europa, aquel cuya visión no pudo resistir en su día el Stefan Zweig que nos dejó sus atribuladas memorias como europeo¹¹, asoma de nuevo. Vimos cómo el fascista Salvini, ministro de Interior de Italia, se encargó de hacerlo aflorar con dosis de cinismo que otrora no hubiéramos imaginado. Será inolvidable su voz gritando «victoria» cuando el gobierno español tuvo el gesto de acoger a los 629 refugiados e inmigrantes rescatados por el barco «humanitario» Aquarius, de manera que el gobierno italiano se vio libre de la «carga» de la acogida que le correspondía por haber sido el rescate en sus aguas; y quedará para los anales de la xenofobia más inhumana su discurso refiriéndose a los rescatados por otro barco frente a las costas de Libia como «carne humana». Es cierto que tan deshumanizado desprecio a personas que están sufriendo la tragedia de un éxodo inimaginable trae los peores recuerdos sobre la negación de su humanidad que se practicó respecto a quienes fueron sacrificados en campos de exterminio.

Describir así los hechos no es caer en lo que los arrogantes defensores del más burdo pragmatismo consideran discurso «buenista». Es poner ante nosotros, europeos, un espejo resistente a la interesada deformación ideológica de la propia imagen. Y, sin duda, es hacer eso a la vez que se activa la memoria, no meramente para recordar el pasado, sino para

⁸ Cf. H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* [1951], Taurus, Madrid, 1999, pp. 343-382.

⁹ Cf. E. Lévinas, *El humanismo del otro hombre* [1972], Caparrós, Madrid, 1998.

¹⁰ Cf. J.A. Pérez Tapias, «Europa, entre la mascarilla y el enmascaramiento», *Contexto y Acción* ctxt.es (29.07.2020).

¹¹ Cf. S. Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* [1942], Acantilado, Barcelona, 2010.

recordar lo que del pasado una y otra vez se quiere borrar. El filósofo Adorno habló del imperativo que se desprendió de la barbarie nazi: «Que Auschwitz no se repita»¹². El caso es que no es difícil olvidarlo pensando ingenuamente que la barbarie ya no se dará entre nosotros. Hemos comprobado que no es así, por lo que hay que remachar una y otra vez ese imperativo formulado por quien constató que el antisemitismo es «el rumor sobre los judíos»¹³. El rumor cobró fuerza, los prejuicios se asentaron con discursos de la más grosera xenofobia, se puso en marcha la malévolamente estratégica de señalar un chivo expiatorio, se activó la maquinaria asesina de Estados totalitarios llevando su violencia al extremo... Y los campos de exterminio funcionaron a todo gas. Hoy presenciamos cómo se extiende el «rumor sobre los inmigrantes», cobra fuerza hasta señalarlos como parásitos, delincuentes o terroristas, marcados como chivo expiatorio de los males propios de una Europa dividida y en regresión que ella misma no es capaz ni siquiera de afrontar.

Son más que incómodos quienes «avisan del fuego»; como decía Walter Benjamin en los años treinta del siglo pasado: «Hay que cortar la mecha antes de que la chispa llegue a encender la dinamita»¹⁴. Muchos quisieran suministrar sobredosis de cicuta a las figuras socráticas que tenemos entre nosotros para que dejaran de retorcer el aguijón de la crítica en la endurecida piel de Europa —podemos hablar de Occidente—. Cabe traer a colación, una vez más, precisamente a Agamben. Se ha dicho hasta la saciedad que es infundada hipérbole su prognosis de que el «campo» es la prefiguración de hacia dónde van nuestras sociedades. No, no es diagnóstico desmedido. Así lo constatamos cuando al día de hoy los gobiernos europeos, incluso esos que quieren ser cabalmente democráticos explicitando que no comparten el populismo xenófobo del fascismo actual, sin embargo se avienen a poner paños calientes pensando que así evitan que no se extienda a todos lo que se incuba con el «huevo de la serpiente».

La inanidad de Europa se evidencia en las propuestas que suponen concesiones injustificables a la barbarie. Vemos cómo ganan la partida las fuerzas xenófobas que, desde los gobiernos que ocupan, hacen que hasta la canciller alemana busque componendas con ellas para frenar la expansión del populismo ultranacionalista que, trufado de racismo, es lo que de verdad invade Europa. Parece que no aprendimos nada. Cualquier concesión es alimento para la bestia.

Es impresentable la propuesta de levantar «campos para refugiados e inmigrantes» —así se ha formulado— extramuros de Europa. Es lamentablemente asombroso que ello se presente aludiendo a la experiencia previa de «externalización» de los servicios de deportación que se contrataron con la Turquía de Erdogan de la manera más desaprensiva. O que se apoye la idea de esos campos invocando los acuerdos de Italia con Libia para contener allí la inmigración, cuando de todos es sabido cómo las personas son maltratadas, esclavizadas y violadas en territorio libio, zona de Estado inexistente como tal. No deja de sorprender que quien era en su momento ministro español de Exteriores de un gobierno socialista, después del encomiable gesto de acoger a los naufragos salvados por el Aquarius, ensalzara la dimensión simbólica del hecho, revulsivo para que la Unión

¹² Cf. T. W. Adorno, «Educación después de Auschwitz» [1967], en Id., *Educación para la emancipación*, Morata, Madrid, 1998, pp. 79 ss.

¹³ T. W. Adorno, *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada* [1951], Taurus, Madrid, 1987, p. 109 (par. 72).

¹⁴ W. Benjamin, «Calle de dirección única» [1928], en Id., *Obras.*, Libro IV/ vol. 1, Abada, 2010, p. 62. 58.

Europea aborde todo lo que la inmigración plantea, para recortar su alcance destacando las supuestas ventajas de las propuestas de unos campos que, eufemismos aparte, serán campos de concentración. En nuestro caso, desde España, la memoria histórica debe servir para no olvidar lo que eran los campos en los fueron «recibidos» en la misma Francia los refugiados españoles, cuando al final de la Guerra Civil emprendieron el camino del exilio.

Europa, como anuncia Agamben, será un gran campo si accede a construir campos de concentración para refugiados y migrantes —por cierto, tratando de establecer entre ellos una diferenciación insostenible, habida cuenta de los criterios con los que se pretende operar—. No es viable un espacio democrático de libertad, igualdad y justicia como aún dice Europa que quiere ser, rodeada de campos para retener, clasificar y, en su caso, deportar a la «carne humana» que en ellos se almacene. Sólo falta que a alguna mente perversa se le ocurra dar carnés de apátridas para estamparlos en la frente de estos nuevos «condenados de la Tierra»¹⁵ —Fanon estaría certificando el engaño de lo que se impuso como modelo de desarrollo— sobre cuya situación el imperialismo y colonialismo europeo generó responsabilidades de las que no nos podemos desentender los europeos de este siglo XXI.

Europa no sólo ha de pensarse bajo un nuevo paradigma que le aleje de la nefasta e inútil pretensión de ser fortaleza —misión para la que de hecho se inventó Frontex, la agencia europea de control de fronteras—, sino que ha de promoverlo con agilidad, lucidez y ese mínimo ético de una política decente, en estos momentos inexistente en cuanto política de inmigración. Además de verdaderas políticas comunes de acogida e integración, son necesarias nuevas formas de relación con los países de donde afluyen refugiados e inmigrantes para los que, por otra parte, ya no valen maleadas formas de lo que fue pretendida cooperación al desarrollo, hoy obsoletas y, es más, invalidadas por el uso mercantilista que con frecuencia se ha hecho de ellas.

La responsabilidad colectiva a la que está llamada Europa obliga a ser conscientes de que, aquí y ahora, o todos nos salvamos o todos nos hundimos —nos permitimos parafrasear el título de una de las impactantes obras de Primo Levi, aquel otro italiano que padeció los campos y luchó contra la desmemoria¹⁶—. Si gana el fascismo, Europa se hunde dejando naufragar a refugiados e inmigrantes o «extra-limitándose» al encerrarlos en campos de concentración. Debemos saberlo: o dignidad o vergüenza.

Exclusión y barbarie

Si Denis Diderot volviera por Europa en alguna suerte de reencarnación, arrojaría a la cara de sus gobernantes lo que dejó escrito en su *Tratado de la barbarie de los pueblos civilizados*: «Si habéis decidido ser injustos, dejad, al menos, de ser pérfidos»¹⁷. Y aun así, quien se situó en la estela de Montaigne, se quedaría corto, pues la barbarie de la que Europa se está mostrando capaz, una vez más, es la que la hace aparecer ante sí misma y ante los pueblos del mundo como no civilizada, por más que se pretenda cuna y espacio de la más lograda civilización alcanzada por la humanidad. De la supuestamente civilizada

¹⁵ Cf. F. Fanon, *Los condenados de la Tierra* [1961], FCE, México, 2018.

¹⁶ Cf. P. Levi, «Los hundidos y los salvados» [1989], en Id., *Trilogía de Auschwitz*, El Aleph, Barcelona, 2006, pp. 475-652.

¹⁷ Cf. D. Diderot, *Tratado de la barbarie de los pueblos civilizados*, Pasado-Presente, Barcelona, 2011.

Europa habrá que volver a decir aquello que lapidariamente afirmó Walter Benjamin: «Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de la barbarie». Si la Unión Europea, como organización supranacional de Estados que comparten instituciones, leyes, espacio público, mercado y moneda comunes... es un «documento de cultura», encontramos que desde el mismo, desmintiendo sus pretensiones civilizatorias en cuanto a derechos humanos, democracia, modelo social y política internacional según un principio de justicia, se presenta un tremendo «documento de barbarie».

Es *nuestra barbarie*, no la de los otros, sino la que nosotros mismos incubamos hasta conducir a su muerte a la misma Unión Europea con lo que ha pretendido significar en cuanto proyecto político solidario y humanizador, la que se ha hecho patente en la manera de abordar la cuestión migratoria y la *crisis de los refugiados*. Tras verlos llegar por cientos de miles en las condiciones penosas, tras ser testigos de cómo muchos de ellos pierden la vida ahogados en los mares, tras contemplar el peregrinar de su éxodo por diversos países europeos, tras constatar el trato recibido en fronteras, estaciones y campos que sólo retorciendo el lenguaje se pueden llamar de acogida..., Europa se desentiende de los esbozos de acuerdos para distribuirlos en sus países y, bajo el pretexto de acabar con las mafias que trafican con quienes huyen de la pobreza y el hambre, de la guerra y de la muerte, escribe el texto necesario para quitarse de encima un problema que distorsiona sus planes, estorba a sus políticas, descoloca a los gobiernos y alarma a buena parte de su población. La solución aparece en Turquía, por ejemplo —país con régimen alejado de parámetros suficientemente democráticos— y sin más se pretende aplicar como vía de escape, aunque dicha solución suponga un trato inhumano a los que piden ser acogidos como refugiados, y aunque implique deshumanización para los mismos europeos, en tanto lo consintamos, y aunque conlleve la negación de la misma Europa en su razón de ser.

De barbarie se trata, pues no se puede calificar de otra manera los procedimientos expeditivos de devolución de migrantes o de expulsión de refugiados, por mucho que se adorne con eufemismos, previsto por acuerdos diseñados por los miembros de la Unión Europea, pactándolos sea con el gobierno turco, sea con los poderes políticos de Marruecos, sea con los bandos enfrentados en el «no-Estado» libio. Expulsar a quienes han llegado a Europa como refugiados con métodos absolutamente desconsiderados con lo establecido por la Convención de Ginebra sobre Refugiados y por la directiva europea sobre Procedimiento de Asilo, aplicando medidas tan arbitrarias como discriminatorias, es algo tan inaudito que desde la misma ONU se ha llamado la atención a Europa por las ilegalidades que se acumulan en acuerdos de ese jaez. Que Europa no tenga el monopolio de prácticas de ese tipo —patente desde la política racista y excluyente de Trump en los EEUU, cebándose especialmente con la inmigración que llega por la frontera con México, hasta el éxodo al que se han visto empujada la población rohingya por las autoridades birmanas— no es ni justificación ni consuelo alguno, sino sólo motivo para acentuar la responsabilidad de los europeos en este punto en que las formas contemporáneas de barbarie siguen escribiendo la «historia de la inhumanidad»¹⁸.

De vez en cuando, la ciudadanía de países europeos, en sus sectores más sensibilizados, se manifiesta en contra de acuerdos y prácticas de tales características. La pena es que por las presiones y los miedos electorales que causan los sectores más xenófobos y antieuropeístas de muchos países, incluso líderes políticos más proclives a medidas de

¹⁸ Cf. R.-P. Droit, *Genealogía de los bárbaros. Historia de la inhumanidad* [2007], Paidós, Barcelona, 2008.

inclusión dejan atrás su apertura inicial a políticas de regularización de inmigrantes o de acogida de refugiados, pareciendo que se extienden al conjunto de la Unión Europea planteamientos como los del ultranacionalista presidente húngaro, Viktor Orbán, o como los que en España sueltan los vociferantes dirigentes de Vox.

Cuando en medio de tanto desatino encontramos manifestaciones ciudadanas contra tales desafueros, las cuales de alguna manera salvan un mínimo de razón moral, y actuaciones políticas que desde las instituciones tratan de ponerle coto, podemos pensar que no todo está perdido. No obstante, es insoslayable la cura de humildad que los europeos debemos autoaplicarnos, pues acostumbrados desde siglos atrás a calificar a tantos otros —descalificar, de suyo— como bárbaros, por no alcanzar el listón que etnocéntricamente desde Europa se fija, hemos que proceder una vez más al autoexamen crítico —para nada masoquista— que nos haga reconocer la barbarie moral de la que nosotros mismos somos colectivamente protagonistas, como si, por otra parte, no hubiéramos aprendido lo suficiente de las barbaries cometidas por Europa en ominosas historias imperialistas y coloniales y en las más recientes del violento siglo XX¹⁹.

Si mentalidades cargadas de prejuicios se dejan llevar por ese atávico miedo a los bárbaros, cuyo fondo escandaloso, como denuncia Tzvetan Todorov en su libro con ese mismo título, es la no aceptación del otro, lo que ahora tenemos ante y entre nosotros es nuestra propia barbarie con el miedo que ella provoca²⁰. Porque, no nos engañemos, además de la injustificable política de expulsiones masivas de refugiados e inmigrantes que se suele implementar, con ella va tal merma de derechos que de los efectos de tales recortes no nos libraremos ni los ya ciudadanos y ciudadanas de Europa. La historia nos alecciona sobre ello y bien haremos en articular respuestas contra la barbarie en un «tiempo de resistencia»²¹ que debe alumbrar las transformaciones necesarias para que nuestras democracias sean en verdad inclusivas²².

Recogiendo el espíritu de aquellas autocríticas observaciones de Montaigne en sus «Ensayos», haciendo recapacitar a sus coetáneos sobre la propia barbarie, bien debemos nosotros empeñarnos en un ejercicio análogo. Hay que criticar con toda la fuerza de buenos argumentos políticas que atentan contra la vida y dignidad de inmigrantes y refugiados y que corroen el sentido de la Europa que merece la pena, como se evidencia en acuerdos con países terceros de claro sabor a soborno que no hacen sino envilecer a sujetos políticos con los que habría que contar para otras maneras de abordar la cuestión migratoria. A la vez, no hay que dejar de poner de relieve cómo se incubaba la barbarie, cómo medidas contrarias a derechos humanos y en algunos casos inhumanas se fraguan en una Europa que se viene traicionando con sus prácticas antidemocráticas, con la impuesta ortodoxia neoliberal, con sus políticas democidas y con su culpable parálisis ante guerras que no nos son ajenas. Nada se incubaba en un instante. Todo tiene su proceso de gestación y, en este caso, viendo cómo y por dónde rompe el huevo de la serpiente, hay que tener buen cuidado para que no se deslice por los recovecos del tejido social y las estructuras

¹⁹ Cf. J.A. Pérez Tapias, *Ser humano. Cuestión de dignidad en todas las culturas*, Trotta, Madrid, 2019, pp. 313 ss.

²⁰ Cf. T. Todorov, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.

²¹ Cf. J. R. Capella, *Entrada en la barbarie*, Trotta, Madrid, 2007, pp. 215 ss.

²² Cf. J. Habermas, *La inclusión del otro. Estudios de teoría política* [1996], Paidós, Barcelona, 1999.

políticas sembrando el odio y la xenofobia que nutren los nacionalismos excluyentes que los fascismos toman como bandera.